

## EL BALCÓN

**A**LTAAR de la hermosura; camarín donde la mujer se rodea de flores, como si se requerrara a sí misma; bello retablo hacia el que van nuestra admiración y nuestras aspiraciones ilusionadas, el balcón es el más adecuado marco para la belleza y la honestidad.

Del balcón guarda la mujer los más dulces inolvidables recuerdos. Cuando pequeña, ella jugaba allí; ponía sus salitas, sus cocinitas, su amada hija, la muñeca, entre las macetas frescas y olorosas, sobre el fregado alero; ella, castigada o vi-

gilada, veía desde arriba los juegos libres de las amiguitas callejeras; entre los barrotes, como el pajarito familiar que salta en la jaula que decora el quicio, lanzaba sus cancioncillas de plazuela y de colegio, en la serenidad de la calle sola; ella, de mayor, posa sus torneados brazos sobre el balaustre, y su mirada soñadora cela el paso del joven ideal que un día rondará su balcón; ella lee allí el agradable libro, borda las casadas iniciales de su ropa de novia; ella, en luna de miel, espera al balcón la dulce llegada del esposo...; y en el balcón se pasa su honesta vida, y cuando tenga hijos, se asomará al balcón celosamente, como se asoma al borde del nido la golondrina madre... El balcón es púlpito desde donde habla la poesía, la suprema poesía, que tiene su ejecutoria en el arrebatado diálogo de Romeo y Julieta, en el suplantado monólogo que dedica a la gentil Roxana el gascón ingenioso.

Los barrocos balcones de los castillos románticos, cuya fortaleza inaccesible era vencida por la escala de seda; los balcones de Venecia y de Brujas, desde los que el alma se suicida en la melancolía del agua; los balcones soleados de Andalucía, llenos de flores como los altaritos de Mayo; los balcones de la gran ciudad, adonde llegan, después de los ruidos del tráfico, los susurros halagadores de la voz amada, ponen alto el amor, idealizan el impaciente deseo, y la amada ideal adquiere para nuestra alma el encanto nuevo de una sublimada perspectiva. Nuestra mirada se eleva como a un sueño, nuestro corazón se diría como que se empuja en el pecho anhelante y la voz procura entonaciones envueltas en una expresiva reserva, que, alzando el acento, disimula el sugerente significado.

De las felices horas en que emplazamos a la amada en su honesto balcón, como en pequeño cielo, queda el recuerdo vivo de la mirada intensa, el recuerdo cándido de la mano amiga, del pañuelo señero, y queda ese inefable beso no dado con que saben besar los ojos...

Y he aquí, en fin, que nuestra galantería tiende a erigirle a la mujer un altar, y es en el balcón donde se lo tenemos erigido...

JOSE BRUNO.

(DIBUJO DE MARTINEZ DE LEON)



Martinez de Leon  
RIVERO